

El ABC del cristiano

El ABC del cristiano /1

Autor: Walter Gschwind

El ABC del cristiano /1

Llegar a la cima de una montaña en teleférico no es difícil. Si mira a la gente en una cabina, ya sea sentada o de pie, verá que pocos parecen ser montañeros: hay ciudadanos pálidos, ancianos, niños pequeños, discapacitados y todo tipo de personas que no pueden escalar montañas.

Aparte del precio del billete, no se requiere nada más que una buena dosis de confianza en la calidad de la construcción y el funcionamiento del teleférico, en la fiabilidad de los numerosos pilones y poleas, en la resistencia de los cables y en la regularidad de los motores.

Todos los viajeros llegan exactamente a la misma meta, ya sea el que lleva zapatos de ciudad, la abuela encorvada por la edad con un niño pequeño en la mano, o el hombre apoyado en muletas. ¡Estar en la cima! ¡Qué cosa tan extraordinaria!

«Si preguntara: ¿Están agotados? ¿Cómo pudieron cruzar los numerosos precipicios, enfrentarse a las escarpadas paredes rocosas?» Le mirarían con asombro: «¡Qué preguntas tan extrañas! No hemos llegado hasta aquí solos, ¡el teleférico nos ha traído!»

Entonces exclaman: «¡Qué grande es el paisaje alpino! ¡Y esos valles, este panorama hasta donde alcanza la vista!» Pero nadie dice: «¡Yo soy el que ha conseguido hacer esta subida!»

Nosotros cristianos hemos experimentado un ascenso mucho más extraordinario. Nuestro estado original era desesperado. No había diferencia, todos habíamos pecado y estábamos destituidos de la gloria de Dios. Solo restaba esperar el juicio, la condena eterna, la muerte segunda (Romanos 3:9-18, 22-23; Tito 3:3; Efesios 2:1-3 y muchos otros pasajes nos lo dicen).

Pero Dios pensó en nosotros. Sin que lo sepamos, nos amó; no solo de palabra sino, de hecho. Lo que ningún corazón humano podría haber imaginado, Dios lo preparó: una salvación que nos saca del lugar más bajo, de un estado moral que no podía ser mejorado, y nos lleva al cielo, a su santo trono, cerca de su corazón.

Dios concibió el plan de esta salvación; Jesucristo, su Hijo, lo cumplió. Sufrió **por nosotros** en la cruz. Allí llevó **nuestros** pecados, y fue hecho pecado **por nosotros**. Fue condenado **en nuestro lugar** y la ira de Dios fue sobre él. Dio su vida y murió **por nosotros**. Fue sepultado y resucitado **para nuestra** justificación. Como hombre resucitado, fue elevado a la diestra del trono de Dios. Allí vive siempre para interceder **por nosotros**.

Y ahora a todo pecador se le ofrece esta salvación perfecta y eterna, preparada por la gracia de Dios. No tiene nada que añadir, “porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es **don de Dios**; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9).

Cuando el pecador confía en el testimonio de la Palabra de Dios y acepta esta salvación por fe, recibe **inmediatamente todos los resultados** de la obra completa de Jesucristo. En Cristo, es elevado desde las profundidades de su miseria hasta la “gloria de Dios”, que lo supera todo y que nunca podría haber alcanzado con sus propias fuerzas (Romanos 3:23). Esto solo fue posible “en Cristo”, “en él” y “por medio de él”; estas expresiones se utilizan a menudo en Efesios.

Por lo tanto, **no hay diferencia** entre los redimidos en cuanto a su **posición ante Dios**. En virtud de la salvación en Jesucristo, todos están ahora “arriba” (Colosenses 3:1-3). Dios “nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:6).

¡Qué perspectiva nos abre, a nosotros cristianos, nuestra nueva posición! Es imposible enumerar, aunque sea brevemente, todos los maravillosos resultados de la obra del Señor en los que ya estamos involucrados. Solo podemos señalar aquí algunas verdades vinculadas a nuestra nueva relación con Dios.

“Por la obediencia de uno” somos constituidos justos (Romanos 5:19). Dios ya no nos ve en la posición de pecadores, y la fórmula «todos somos pobres pecadores», que muchos creyentes se aplican a sí mismos, no corresponde a lo que Dios hizo de nosotros. No solo tenemos el perdón de todos nuestros pecados, sino que **nosotros mismos** “en esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo” (Hebreos 10:10). “Con **una sola** ofrenda” nos “hizo perfectos para siempre” (v. 14). Por lo tanto, tenemos “libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió” (v. 19-20).

Pero si entramos “en el Lugar Santísimo” y nos acercamos al trono de Dios, ¿cómo seremos recibidos? “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios... Amados, ahora somos hijos de Dios” (1 Juan 3:1-2). Hemos “nacido de Dios”, tenemos “la vida” de Dios, y somos objeto de su amor paternal y de su cuidado divino y constante.

Sin embargo, ¡algunos creyentes no disfrutan de su posición en Cristo! ¿Por qué?

1. Para que su salvación en Cristo sea plenamente válida, creen que deben añadir algo a ella mediante esfuerzos personales. Y como sienten que sus intentos son tan inadecuados, les falta la confianza y el gozo de la salvación.

2. O hacen que su posición en Cristo dependa de su estado práctico. Si han conseguido hacer una buena obra, o están en un buen día, pueden disfrutar de lo que saben de la salvación. Pero si tienen un mal día, entonces dudan de si son hijos de Dios. Sin embargo, **nuestra posición depende solo de la obra perfecta de Jesucristo**; nuestro estado práctico no puede cambiar nada. Debe corresponder a nuestra elevada posición, y no al revés. Para que esto sea realmente así, Dios nos lleva a su escuela (Hebreos 12:5-11).

3. Otros creyentes son demasiado perezosos para conocer todas sus riquezas en Cristo y la posición en él. De hecho, solo se preocupan por las cosas de esta tierra, y así se privan de su verdadero gozo. ¡Cuánta necesidad tenemos todos de la exhortación: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1)!